

843
M.

PQ 2349

V55
S6

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid. Año de 1906. Imprenta
de Antonio Marzo, San Her-
menegildo, 32 dupdo, Tel. 1.977



EL VIEJO MILÓN

HACE ya un mes que derrama el sol su lumbré abrasadora sobre los campos. La vida radiante estalla bajo esta avalancha de fuego; la tierra, verde hasta perderse de vista, confunde su color, allá en los límites del horizonte, con el azul del cielo. Las granjas normandas, esparcidas por el valle, parecen á lo lejos bosquecillos encerrados en su cinturón de erguidas ayas; de cerca, cuando la car-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MÉXICO, 1925. MONTERREY, N. L.

comida cancela se abre, creeríase ver un gigantesco jardín; todos los manzanos, huesudos como sus dueños los campesinos, están en flor. Los viejos troncos negros, atestados de nudos, retorcidos, en línea en el corral, ostentan bajo el cielo sus brillantes copas rosa y blanco. El suave aroma que de ellos se desprende mézclase con el penetrante olor de los establos vecinos y con los vapores del estiércol en fermentación, que picotean las gallinas.

Son las doce de la mañana. La familia, compuesta de padre, madre, cuatro hijos, dos criadas y tres criados, come á la sombra del peral que crece delante de la puerta. No hablan. Engúllense la sopa, y en seguida se disponen á hacer lo propio con un guisado de carne con tocino. De cuando en cuando, una de las criadas se levanta y va á la bodega á llenar el jarro de sidra.

El cabeza de familia, hombre de cuarenta años, contempla una parra que extiende sus vástagos á lo largo de la pared, bajo las ventanas, retorciéndose como una serpiente.

Y dice:

—La parra del viejo brota pronto este año. Tal vez dé fruto.

La mujer también se vuelve y mira, sin decir una palabra.

La parra de que vamos hablando estaba plantada justamente en el lugar en que el viejo fuera fusilado.

* * *

Ocurrió lo que referiremos, durante la guerra de 1870. Los prusianos ocupaban toda la comarca. El general Faidherbe, con el ejército del Norte, hacía frente.

El Estado Mayor prusiano se alojó en aquella granja. El viejo Pedro Milón, su dueño, los recibió é instaló en ella como mejor pudo.

Hacia un mes que la vanguardia alemana se hallaba en observación en el pueblo. Los franceses permanecían inmóviles á diez leguas de distancia; y, sin embargo, algunos hulanos desaparecían todas las noches.

Si los soldados que hacían la descubierta, ó los que formaban las rondas volantes, no pasaban de dos ó tres, nunca regresaban.

Por la mañana encontrábaseles muertos en el campo, junto á una cerca ó en una zanja. Sus ca-

balgaduras yacían asimismo á lo largo de los caminos, degolladas de una cuchillada.

Todas estas muertes parecían hechas por una misma persona, con la cual no podía darse.

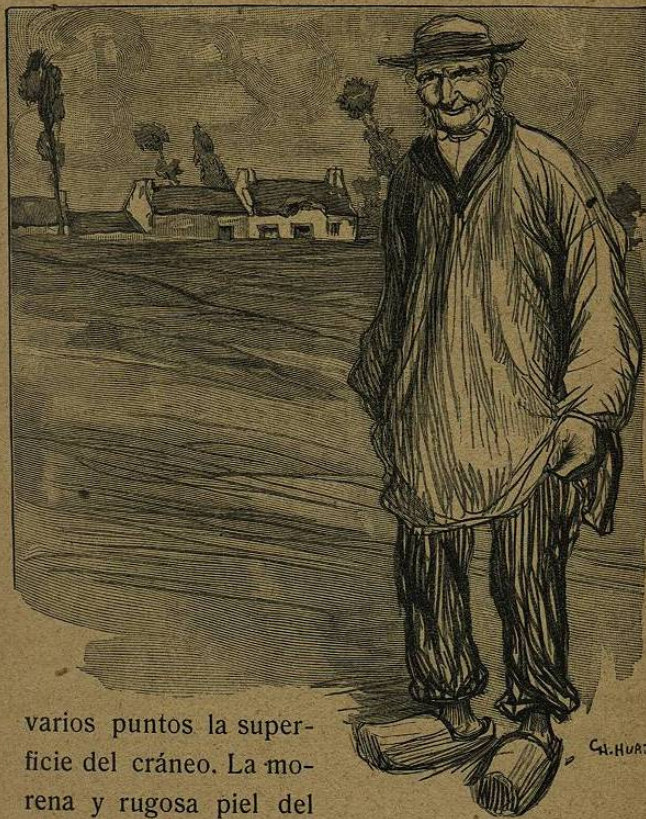
La comarca vióse invadida por el terror. Algunos aldeanos fueron fusilados á consecuencia de una simple denuncia; prendióse á varias mujeres, y se trató de obtener, por miedo, revelaciones de los niños. Pero no se descubrió nada.

Mas he aquí que una mañana apareció el viejo Milón tendido en su cuadra con una cortadura en el rostro.

Dos hulanos asesinados fueron encontrados á tres kilómetros de la granja. Uno de ellos tenía aún en la mano su sable ensangrentado, lo cual era una prueba de que se había defendido.

Constituyóse inmediatamente el Consejo de guerra, y, al aire libre, delante de la granja, se hizo comparecer al viejo Milón.

Contaba éste sesenta y ocho años. Era de corta estatura, delgado, algo giboso, y tenía unas manos enormes, parecidas á las pinzas de un cangrejo de mar. Sus cabellos lacios, ralos y finos como el plumón de un joven pato, dejaban al descubierto en



varios puntos la superficie del cráneo. La morena y rugosa piel del cuello presentaba gruesas venas, que se escondían bajo las mandíbulas para reaparecer en las sienas. Pasaba en la comarca por hombre avaro y exigente

en los negocios. Colocáronle de pie entre cuatro soldados, delante de la mesa de la cocina, que se había sacado fuera. Cinco oficiales y el coronel sentáronsele enfrente.

El coronel le dijo en francés:

—Abuelo Milón, desde que estamos aquí no nos ha dado usted motivos sino para alabarle, y ha sido usted complaciente y aun atento con nosotros. Pero una acusación terrible pesa hoy sobre usted, y es necesario que la luz se haga. ¿Cómo ha recibido usted la herida que tiene en el semblante?

El lugareño nada dijo.

El coronel agregó:

—Abuelo Milón, su silencio le condena á usted. Pero deseo que me conteste, ¿oye? ¿Sabe usted quién ha dado muerte á los dos hulanos esta mañana recogidos junto al Calvario?

El viejo articuló claramente:

—Yo he sido.

El coronel, asómbrado, calló un segundo, mirando con fijeza al prisionero. El anciano permanecía impassible, con su embrutecido aire de aldeano, baja la mirada, cual si hubiese estado hablando con el cura del lugar. Sólo por un detalle se adivinaba su

turbación interior: el viejo tragaba saliva á cada instante con un visible esfuerzo, cual si le hubiesen oprimido la garganta.

La familia del anciano, su hijo Juan, su nuera y sus dos nietecillos, estaban á diez pasos de él, á su espalda, y presenciaban la escena asustados, llenos de consternación.

El coronel siguió diciendo:

—¿Sabe usted también quién ha asesinado á los exploradores de nuestro ejército cuyos cadáveres se vienen hallando en el campo desde hace un mes?

—Yo he sido.

—¿Usted los mató á todos?

—Sí; á todos; yo he sido.

—¿Usted solo?

—Yo solo.

—Dígame usted cómo lo efectuaba.

El viejo dió entonces muestras de alterarse; la necesidad de hablar largo rato le molestaba visiblemente. Balbuceó:

—Eso yo me lo sé. Me las apañaba como podía.

—Prevengo á usted—replicó el coronel—que forzosamente me lo ha de decir todo. Por lo tanto,

bueno será que se decida al punto. ¿Cómo empezó usted?

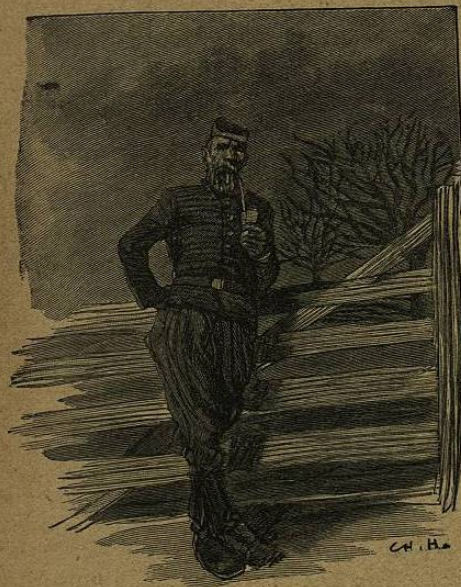
El anciano dirigió una inquieta mirada á su familia. Vaciló un momento aún; de repente se decidió:

—Regresaba yo á la granja una noche, á eso de las diez, al día siguiente de llegar ustedes aquí. Usted y sus soldados me habían arrebatado por valor de cincuenta escudos de forraje, y, además, una vaca y dos carneros. Y me dije: «Tantas cuantas veces me quiten veinte escudos, otras tantas me los he de cobrar con creces.» Y tenía también otras cosas, ya le diré cuáles, aquí, en el corazón. En esto distingo un hulano que fumaba tranquilamente su pipa recostado en la empalizada de mi granja. Fui en busca de mi hoz y me coloqué detrás del soldado, con tanto silencio que nada debió oír. Y le corté la cabeza de un golpe, de uno solo, como si hubiera sido una espiga; ni siquiera tuvo tiempo de decir ¡ay! Puede usted buscar el cadáver en el fondo del estanque; le encontrará seguramente dentro de un saco ennegrecido por el carbón, en compañía de una piedra de la cerca.

Yo tenía un pensamiento. Despojé al prusiano de todos sus vestidos, desde las botas hasta la gorra,

y los oculté en el horno de yeso del tío Martín, al otro lado del patio.

Callóse el viejo. Los oficiales se miraban sobrecogidos. Reanudado el interrogatorio, supieron lo siguiente:



*
*
*

Perpetrado este asesinato, el viejo ya sólo tuvo una idea: «¡Matar prusianos!» Aborrecedores con un odio disimulado y feroz, y como aldeano codicioso y patriota al propio tiempo. Tenía su idea, según decía él. Esperó algunos días.

Dejábanle los prusianos en libertad de ir y venir, de entrar y salir cuando le acomodase, en gracia á su humildad con los vencedores, para quienes siem-

pre fué solícito y complaciente. Todas las tardes veía partir á los correos de campaña; él salió también una noche, luego de enterarse del nombre del pueblo á donde iban, y cuando hubo aprendido las pocas palabras de alemán que en su concepto necesitaba.

Echóse fuera del patio de la granja; se deslizó en el bosque; llegó al horno de yeso y, penetrando en el fondo de la galería, púsose el uniforme del muerto, que encontró donde lo dejara.

Después vagó por la campiña, siguiendo agachado, á fin de no ser visto, la orilla de los taludes, listo el oído é inquieto como un malhechor.

Cuando le pareció llegado el momento oportuno, acercóse al camino y se ocultó en un matorral. Y allí continuó esperando. Por fin, á eso de media noche, resonó en el duro suelo de la vereda el galope de un caballo. El viejo pegó el oído contra la tierra para cerciorarse de que el jinete se aproximaba, y hecho esto se preparó.

Acercábase el hulano al trote largo. Llevaba despachos urgentes, y caminaba con el oído avisado y despierta la vista. En cuanto le tuvo á unos diez pasos, el viejo Milón se arrastró por el sendero,



gritando: «¡Hilfe! ¡Hilfe! ¡Socorro! Socorro!» El jinete se detuvo; reconoció en el viejo un alemán desmontado; creyóle herido, y, echando pie á tierra, se aproximó sin la menor sospecha á él; y cuando se inclinaba para auxiliar á aquel desconocido, recibió en medio del vientre la encorvada y ancha hoja de un sable. Se desplomó sin agonía, sacudido únicamente por las postreras convulsiones de la hora suprema.

Radiante de alegría el aldeano se irguió al momento, y por puro placer cortó la cabeza al cadáver. Luego lo arrastró á la zanja del camino y le arrojó en ella.

El caballo esperaba tranquilamente á su dueño. El viejo Milón montó en él y le hizo galopar á través de la llanura.

Al cabo de una hora distinguió dos hulanos que regresaban juntos al cuartel. Dirigióse á ellos, gritando como antes: «*¡Hilfe! ¡Hilfe!*» Los prusianos, reconociendo el uniforme, dejáronle acercarse sin la menor desconfianza, y no tardó el viejo en pasar entre ellos como una bala, dando muerte al uno de un sablazo y á su compañero de un tiro de revólver.

Luego degolló los caballos, ¡caballos alemanes! En seguida regresó al horno de yeso, ocultando en él su cabalgadura; despojóse de los vestidos, que dejó también allí, púsose sus guñapos de pordio-sero, y, yéndose á la cama, durmió tranquilamente hasta bien entrado el día.

Cuatro pasó sin salir, esperando el resultado de la información que se abrió al encontrar los cadáveres; pero al quinto día hizo una escapada y dió muerte á otros dos soldados con ayuda de la misma

estratagema. Y ya no se contuvo desde entonces. Todas las noches vagaba por la campiña matando alemanes, tan pronto aquí como allí, merodeando á la ventura, galopando á la luz de la luna por senderos desiertos, como un hulanó consagrado á la caza de hombres. Concluída su tarea, que dejaba tras de él una sangrienta hilera de cadáveres sembrados á lo largo de los caminos, el viejo jinete ocultaba el caballo y el uniforme en el fondo de la oscura galería del horno de yeso.

A eso de las doce de la mañana, con la mayor tranquilidad, encaminábase á ella, llevando al animal su ración de avena y agua, abundantes hasta la profusión, pues, por tener que exigir de él un trabajo duro y constante, cuidábale con esmero.

Y aconteció que un día uno de los hulanos atacados se defendió, cortando de un sablazo la cara del viejo, que, á pesar de todo, le dió muerte. Pero cuando fué como de costumbre á ocultar el caballo y á cambiar el uniforme por su traje habitual, le acometió tal debilidad que, no pudiendo llegar á la granja, hubo de arrastrarse hasta la cuadra que la precedía.

Y allí le encontraron ensangrentado sobre un montón de paja...

*
* *

Cuando terminó su relato, el viejo levantó súbitamente la cabeza y miró con altanería á los oficiales prusianos.

El coronel, que se retorció en aquel momento el bigote, le preguntó:

—¿No tiene usted nada más que decir?

—Nada más; está la cuenta exacta; he despachado diez y seis; ni uno más ni uno menos.

—¿Sabe usted que va á morir?

—No les he pedido perdón.

—¿Ha sido usted soldado?

—Sí. Me batí en campaña hace ya tiempo. Además, ustedes mataron á mi padre, que servía á las órdenes de Napoleón I, y también á mi hijo menor, Francisco, el mes pasado, cerca de Evreux. Me la debían ustedes, y me han pagado. Ahora estamos en paz.

Los oficiales se miraban.

El viejo prosiguió:

—Ocho por mi padre y ocho por mi hijo. Esta-

mos en paz. Yo no les busqué á ustedes camorra. ¡No les conocía! Ni siquiera sé de dónde vienen. Están aquí en mi casa, y mandan cual si se encontrasen en la suya. Me he vengado en los otros. Y no me arrepiento.

Enderezando el busto, encorvado por la anquilosis, el viejo Milón cruzó al decir esto los brazos, adoptando una postura de héroe humilde.

Los prusianos hablaron en voz baja largo rato. Un capitán, que también había perdido su hijo el mes anterior, defendía á aquel magnánimo pordiosero.

De repente, el coronel se levantó y, acercándose al anciano, díjole en voz baja:

—Escuche usted, abuelo; tal vez haya un medio de salvar su vida: ese medio es...

Pero el viejo Milón no quiso oírle, y, fija la vista en el oficial vencedor, mientras el viento agitaba los escasos y desgñados pelos de su cabeza, hizo un gesto espantoso que crispó su enflaquecido semblante, partido por el sablazo, y, arqueando el pecho, escupió con toda su fuerza al prusiano en pleno rostro.

Enloquecido, el coronel alzó la mano; el viejo le escupió nuevamente.

Todos los oficiales se habían levantado y daban órdenes al mismo tiempo.

En menos de un minuto, el anciano, impasible siempre, fué empujado contra la pared y fusilado, no sin enviar sonrisas á su hijo Juan, á su nuera y á los dos niños, que contemplaban aquella escena con ojos extraviados.



UNA NOCHE DE PRIMAVERA

JUANA iba á casarse con su primo Santiago. Conocíanse desde niños, y el amor no tomaba entre ellos las ceremoniosas formas que conserva generalmente en el mundo. Se habían criado juntos, sin sospechar que se amaban. La moza, algo coqueta, hacía, sí, algunas monadas inocentes al joven; encontrábale apuesto y buen muchacho, y cuando le veía, después de una ausencia, le abrazaba de la mejor gana, pero sin estremecerse, sin ese espasmo que parece arrugar la carne desde la punta de las manos hasta el extremo de los pies.

Él, por su parte, se decía sencillamente: «Mi prima es muy linda»; y pensaba en ella con esa especie de ternura instintiva que de ordinario siente el hombre por una hermosa muchacha. Sus reflexiones no iban más lejos.